

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 32

Noviembre de 2001

Tierra  fuego
del

¿Réquiem para el sueño americano?

Juan Luis Berterretche*

Las primeras imágenes de los jet impactando sobre las Torres Gemelas, nos suscitaron una conciencia de confuso final. Para los analistas que trataron tempranamente de valorar los atentados del 11 de septiembre, éstos marcan el fin de una era. Hasta ahora, son muy pocos los que han arriesgado a decir qué es lo que termina y qué se inicia.

Por la magnitud de los hechos, sospechamos que sus consecuencias van a ser estudiadas y debatidas largamente en las próximas décadas. Quizá, emprender hoy la tarea de determinar los cambios provocados por esta acción terrorista, se trate de una arqueología de lo inmediato.

Pero preferimos el intento de aportar a una reflexión sobre los acontecimientos, que dejarnos vencer por la parálisis del estupor. El prólogo de una seria reflexión, es el rechazo terminante a toda justificación de una escalada de violencia revanchista.

Antes de que esta crisis alcanzara su fase críti-



* Juan Luis Berterretche, uruguayo, militante de la izquierda radical y activista del movimiento ATTAC de Florianópolis, ciudad donde hoy está radicado. Coautor y autor de varios ensayos económicos, políticos e históricos, entre los que se destacan: *Prolongar la Agonía. Un plan imperialista para frenar aún más el desarrollo de las fuerzas productivas*. Editorial Letro, edición clandestina, Montevideo 1980; *La dictadura Financiera, Economía del Uruguay 1973-1983*. Editorial Letro, Montevideo 1983; *¿Vale Todo? El Uruguay de la posmodernidad*. Ensayo inédito, Montevideo 1997; *El comisario va a la muerte en coche*. Ediciones Banda Oriental, Montevideo 2000.

ca, Paquistán e Irán ya habían recibido 3,5 millones de refugiados afganos. Se estima que ahora se suman 1,5 millón más que pasarán por el infortunio y la penuria de un éxodo de pánico. Y aún falta contabilizar las bajas de los bombardeos. La experiencia nos dice cuales son las víctimas de esos espirales de violencia. Para mí, por lo menos, aún está fresca la imagen de una niña en Vietnam, corriendo desnuda con el cuerpo quemado por el napalm.

Hegemonía

Emir Sader afirma que: *“El período histórico iniciado con el fin de la URSS sigue plenamente vigente. Los Estados Unidos continúan como la única super potencia, con hegemonía mundial. Nada de lo importante que sucede en el mundo de hoy –en los planos económico, político, militar, informativo, cultural– puede ser entendido haciendo abstracción de esa hegemonía. Ella está fuerte política e ideológicamente.”*

¿Debemos coincidir plenamente con la apreciación de Sader? ¿O de alguna forma ha sido vulnerada esa hegemonía?

Es oportuno recordar que, cuando la URSS aún existía, no se trataba en realidad de una disputa por la hegemonía entre dos superpotencias. Sino de un acuerdo a veces tácito, a veces explícito de reparto de zonas de influencia.

Por otra parte, es cierto que las acciones terroristas no han tenido históricamente capacidad de modificar las relaciones de fuerza nacionales o internacionales. Pero eso no impide que, en este caso, hayan minado especialmente, la aprobación a la supremacía norteamericana.

Uno de los principales componentes de esa hegemonía es la seguridad, la estabilidad interna de EE.UU. Y sin lugar a dudas, el haber situado la violencia en el centro político-financiero-militar del país, con millares de injustas y condenables bajas civiles, pone en cuestión la invulnerabilidad del imperio.



Ya no es sólo en Chechenia, Palestina, Serbia o Colombia, donde la violencia militar domina la vida cotidiana. También NY y Washington son ahora escenarios del horror, de la incertidumbre, de la tragedia. Los atentados, quizá no hagan más que condensar una disconformidad con el liderazgo norteamericano de la globalización y sus consecuencias, acumulada en los últimos años.

En la etapa actual, la crisis de hegemonía podría no devenir de la competencia de otra potencia as-

cendente. No olvidemos a Gramsci. La función hegemónica depende, en gran medida, del apoyo o beneplácito de los hegemonizados. Una crisis de credibilidad podría minar el asentimiento con el predominio americano. Es lo que estábamos comenzando a ver a partir de las acciones del movimiento antiglobalización. La alianza de los países más ricos del mundo, para sojuzgar a uno de los estados más miserables del planeta, no puede más que socavar la autoridad moral del imperialismo y sus cómplices.

Liderazgo

Los norteamericanos han elegido como presidente –en un acto electoral bastante cuestionado– a un líder que, desde el comienzo de su mandato, pretendió ahondar la contaminación ambiental a niveles que ponen en peligro la existencia del planeta, relanzar la carrera armamentista a gran escala, avivar los conflictos en todo el mundo y abismar aún más las diferencias económicas entre pobres y ricos.

Para el propio periodismo norteamericano es el presidente peor preparado que ha tenido EE.UU. Según opinión reservada del presidente brasileño FHC se trata de *“un idiota despreparado”*. Es cierto que cuenta con un equipo con experiencia en guerras en la zona del petróleo. Tanto el vicepresidente –Dick Cheney– como el Secretario de Estado –Colin Powell– fueron figuras claves bajo el gobierno del padre y durante la guerra del golfo.

La crítica situación que se ha abierto en el mundo por los atentados y la reacción guerrerista norteamericana, encuentra en el liderazgo del país hegemónico, a un incierto personaje que puede conducir al mundo hacia una catástrofe. Por lo ya constatado, es previsible que Bush acelere el descontento con su país y promueva una mayor resistencia a la política estadounidense.

Seguridad y Tecnología

Los atentados del 11 de setiembre han declarado obsoleto al modelo de seguridad norteamericano. Es un país con millares de agentes esparcidos por todos los rincones del mundo, la más sofisticada tecnología de espionaje, con impunidad total para todo tipo de acciones anti-terroristas (y también terroristas) en el extranjero. Y sin embargo, en sus principales ciudades, que cuentan con el aparato de seguridad más grande, más complejo y con mayores recursos (treinta mil millones de dólares anuales), se produce un aten-



tado que movilizó a decenas de terroristas, sin que los servicios de inteligencia fueran capaces de detectarlos. Tanto la CIA como el FBI son protagonistas de un trágico fiasco... o de lo contrario, existe algún tipo de implicancia.

¿Y las FF.AA.? En realidad los acontecimientos reafirman, por enésima vez, que los ejércitos no sirven para lo que dicen haber sido creados: defender a los civiles.

Los aparatos de seguridad, los ejércitos, o son directamente los ejecutores de la violencia sobre la población en sus países o en el extranjero, o lejos de disuadir, son hoy una invitación y un desafío a los atentados terroristas.

El principal proyecto de defensa militar de Bush –el escudo anti-misiles– se muestra inoperante antes de ser implementado. Los atentados no usaron ni misiles, ni vinieron de la estratosfera; los proyectiles fueron aviones comerciales capturados a punta de cuchillo.

Esto no significa que EE.UU. se va a ahorrar los desembolsos previstos. Todo indica que se gastará una suma similar o mayor, en otro delirio armamentista. El compromiso del gobierno Bush con el loby de las corporaciones del armamento hace ineludible este despilfarro.

Otro protagonista humillado por los atentados, ha sido el desarrollo tecnológico. Falló la tecnología de seguridad de aeropuertos y aviones. Fracasó la tecnología de espionaje de los servicios de seguridad. Y el enorme número de víctimas del atentado estuvo en relación directa, a las fallas de la tecnología constructiva de las torres, que se desintegraron enteramente.

Megalópolis

En 1950 NY era la única ciudad en el mundo que superaba los 10 millones de habitantes. Fue, entonces, la primera con derecho a ser designada como megalópolis. NY, aloja el centro financiero más importante del planeta, es la capital del mercado cultural y artístico mundial, es el mayor complejo urbanístico– arquitectónico de la humanidad, alberga la sede de la ONU, es un enorme polo de atracción turística y de compras y es la ciudad más cosmopolita del mundo. Y cumple otra cantidad de funciones de primer orden en el globo.

“La ciudad es un discurso y ese discurso es en verdad un lenguaje”, nos dijo Barthes. Aldo Rossi y Robert Venturi agregaron que, como lenguaje, la ciudad es un instrumento de comunicación simbólica. NY es la mercancía con mayor contenido simbólico que posee el capitalismo. Es la capital del *american way of life* y el set privilegiado del sueño americano. Para Franco Rella las grandes ciudades son el escenario donde se reorganiza mecánica y cien-

tíficamente el tiempo de trabajo. NY fue lo más cercano a la “moderna máquina de vivir” que soñó la euforia tecnológica capitalista. Como maquinaria de habitar, de existir, de relacionarse o aislarse, pero sobre todo de producir y consumir, NY es el mecanismo privilegiado de EE.UU. Y por algunas horas los terroristas lograron trabar sus engranajes que no se detenían por siglos. Lo hicieron al costo de millares de víctimas civiles, un millón de toneladas de escombros, y una profunda herida en el orgullo americano.

Para los fundamentalistas islámicos es la Sodoma y Gomorra donde se concentran todas las iniquidades y perversiones de occidente. Distintos valores simbólicos para unos y otros.

Esa NY que en los últimos años ha asumido la función de zona céntrica de la aldea global, fue el blanco de una pesadilla de impactos, explosiones, fuego y derrumbes. Y estos eventos dieron inicio a un síndrome de inseguridad. ¿Cuántos de sus habitantes han comenzado a pensar en alejarse de la amenaza y la incertidumbre? ¿Cuántas empresas evaluarán la conveniencia de mudar sus instalaciones, en los próximos meses? ¿Cuántos futuros turistas querrán evitar el riesgo de un nuevo once de setiembre?

La vertiginosa caída en la venta de vuelos a EE.UU., las salas de juego casi vacías en Las Vegas y la ausencia de visitantes a Disney World, nos anuncian que las mismas preguntas que nos hacemos para NY pueden extenderse a todo el país. Hoy NY es una zona de desastre. Es previsible un ingente esfuerzo para que la ciudad recobre todo su simbolismo. Igualmente su horizonte está saturado de incertezas. Y será muy difícil recuperar su antiguo valor iconográfico empañado por el aciago desplome de las torres gemelas.

Torres

El complejo de las dos torres de más de 400 metros de altura, contaba con otros cinco edificios menores y ocupaba unas seis hectáreas y media. El conjunto albergaba los escritorios de 400 empresas de 25 países. Cincuenta mil personas trabajaban en las torres norte y sur. Contaban con un estacionamiento para dos mil vehículos y generaban 50 toneladas de basura por día. Sus ocupantes consumían diariamente 8,5 millones de litros de agua potable. Esto es 170 litros por persona y por día. Pero si contamos los 363 mil litros de agua por minuto, que las máquinas de aire acondicionado extraían del Río Hudson, deberíamos agregar otros 3500 litros de agua por persona.

Y no olvidemos que este consumo corresponde sólo a las horas de trabajo. Un habitante de Madagascar utiliza, en promedio, 5 litros de agua



por día. Las torres fueron levantadas para encarecer una zona de la isla de Manhattan que se había desvalorizado. Su construcción abrió una suculenta especulación inmobiliaria. El complejo era una síntesis de despilfarro y violenta agresión ambiental. Símbolos del capitalismo globalizado. Iconos del libre mercado, de la tecnología más sofisticada, de la grandiosidad y opulencia de un imperio hegemónico.

Su arquitectura era el discurso del ideal de ciudad del capitalismo tardío: espacios controlados por la última tecnología, limpios, seguros, bien iluminados, habitados por toda clase de gente exitosa.

No eran parte de la ciudad sino su equivalente y sustituto. Sus relojes daban la hora de cada rincón del planeta. Y en los monitores de sus millares de oficinas se diseñaba numéricamente, la dicha de unos pocos y la desdicha de millones de personas.

Entre sus paredes, las guerras, las hambrunas, las infamias del capital globalizado se contabilizaban sólo como pérdidas o ganancias. Algún lejano conflicto que figuraba en sus balances, los abrazó con el odio de la destrucción. La cantidad de víctimas está en relación a sus dimensiones deshumanizadas.

Terrorismo

Como bien recuerda Chomsky no podemos restringir la palabra terrorismo a los actos terroristas cometidos por enemigos del poder. Para América Latina el terrorismo mas conocido es el de los estados dictatoriales que los EE.UU. ayudaron a colocar en el poder y luego sustentaron. De cualquier manera estamos frente a un nuevo tipo de terrorismo.

Según el periodista especializado en Oriente Medio, Robert Fisk *"el terrorista suicida de hoy, vino para quedarse"*. Se trata de un extremista religioso, con instrucción y experiencia, y decidido a morir en la acción terrorista. Es un arma exclusiva y ninguna potencia ha logrado contrarrestarla. Sería necesario crear un nuevo sustantivo para nombrar a los fanáticos suicidas de esta nueva modalidad de atentados apocalípticos.

Los soldados de EE.UU. y sus aliados están decididos a arriesgarse, pero no a inmolarsse como única opción. A este tipo de terrorismo no se le puede declarar la guerra. No cuenta con un país, un estado, un ejército regular. Aunque actúe en diferentes lugares. Es un subproducto de la intolerancia religiosa, del fanatismo nacionalista, y del sectarismo cultural, origi-

nado, en la mayoría de los casos, en un escenario de injusticia, postergación y desigualdad.

En Blade Runner, los androides, expertos en violencia, se rebelan contra el poder y es preciso eliminarlos. Los “*replicantes*”, del film de Ridley Scott, son una alegoría de Osama bin Laden y su organización: Al Qaeda. Instrumento de EE.UU. en la guerra de Afganistán del lado de los talibanes y contra el gobierno títere de la URSS, Laden contó durante diez años con el entrenamiento, las armas y el dinero de la CIA, a través del servicio secreto pakistaní. En 1989, luego de la derrota rusa en Afganistán, volvió como héroe a Arabia Saudita. Pero un año después, actuando como asesor del clan real saudita, rompió con su gobierno por el establecimiento de tropas norteamericanas en el país, durante la guerra del golfo. A partir de allí es un enemigo de EE.UU. Es a este “*replicante*” fuera de control, que se responsabiliza de los atentados. Y es contra él y el gobierno de Afganistán que lo ampara, que se declaró la guerra desde el imperio.



Los norteamericanos ya experimentaron en Vietnam, que toda guerra en el extranjero tiene su camino de vuelta a casa. Es en el desmantelamiento del despotismo y la arbitrariedad, es desmontando los escenarios de conflicto, es en la búsqueda sincera de la paz, donde se juega el esfuerzo contra este tipo de terrorismo. Las represalias armadas de EE.UU. y sus aliados sólo avivarán la audacia e irracionalidad, de esta modalidad de violencia insensata.

La política norteamericana ayudó a transformar a Osama bin Laden en un personaje emblemático para las masas populares islámicas. Mañana, su liderazgo, puede derribar los corruptos gobiernos aliados a Norteamérica en la zona.

Economía

Produciendo cerca de 10 millones de millones de dólares anuales, EE.UU. ha sido la locomotora que empuja el crecimiento económico del capitalismo globalizado. Desde el año pasado EE.UU. tiene los síntomas de una caída económica. El mundo, entonces, ha quedado a las puertas de una recesión global. El gobierno Bush apostó a abrir los cofres estatales como motor de recuperación. Pretendía que el Congreso le votara la realización de un escudo antimisiles por valor de 300 mil millones de dólares.

Se apostaba al armamentismo para impulsar la recuperación económica. Los anuncios del gobierno norteamericano permiten prever que el gasto se hará en armamento más convencional. Y en el combustible y pertrechos necesarios para trasladar la máquina militar al otro extremo del planeta. Es muy posible que la mayoría de la industria se beneficie con las adquisiciones estatales. La familia Bush, con importantes intereses petroleros, ya se ha visto favorecida por la inmediata suba del precio de los hidrocarburos. EE.UU. ha elegido la destrucción y la muerte como camino de la recuperación económica.

En el plano interno, el gobierno intenta utilizar el consenso político en el Congreso, frente al enemigo, para imponer planes de rebaja de impuestos al capital. Como contrapartida amenaza los beneficios populares. *“No se puede defender la previdencia social, cuando la seguridad nacional está amenazada.”*, declaró el senador Orin Hatch.

Bajo el Mar Caspio y sus alrededores se encuentran importantes reservas de petróleo, gas natural y minerales. Asia Central, entonces, tiene importancia estratégica para el imperio. La intervención militar, pretende también imponer una influencia decisiva sobre la zona.

Libertades

El gobierno Bush ha pedido potestades extraordinarias para limitar las libertades ciudadanas. La investigación de los atentados comenzó con allanamientos violentos y prisiones sin orden judicial. Las medidas para aprobación del Congreso incluyen:

- Posibilidad de detener y expulsar extranjeros sin pruebas ni proceso.
- Congelamiento de cuentas de sospechosos en EE.UU. y el extranjero.
- Autorización para espiar las comunicaciones privadas de los ciudadanos (teléfonos, correo, internet) sin autorización judicial.
- En el extranjero, la actuación de sus agentes estará signada por lo que han definido como *“guerra sucia”* *“No podemos tener libertades individuales cuando la colectividad está amenazada.”*, declaró el senador republicano, Trend Lott.

Epílogo

“El saber de la caducidad, el saber de la discontinuidad histórica, es el saber de la revolución, y de la transición hacia otros órdenes...” nos dijo Walter Benjamín. Descifrar en este infortunado acontecimiento los signos de la caducidad, será la tarea de todos aquellos que quieran imaginar otro mundo posible.

La represalia militar norteamericana ha sido anunciada como de largo alcance, en el espacio y en el tiempo. Más aún, EE.UU. pretende que el mundo se divida entre los que están de su lado o del lado del terrorismo. El imperio intenta globalizar la guerra y sumergirnos a todos en la barbarie.

Los atentados en EE.UU. han conducido hacia nuevas y peculiares relaciones internacionales, por las prioridades político-militares que se ha fijado el imperialismo. En los medios, en los diferentes niveles del poder, las viejas raposas reaccionarias han salido a justificar la violencia del imperio. Y aún ex-izquierdistas como el mexicano Castañeda han respaldado la incierta guerra en que se embarca su vecino. Pero, el paradigma económico-social-cultural-político-militar dominante, que acrecienta la brecha entre hambre y despilfarro y que promueve la decadencia moral, la manipulación de los medios, la marginación, la demagogia, el consumismo irresponsable, la destrucción de la naturaleza y la violencia, ha perdido capacidad de cautivar con su discurso.

¿Acaso el sueño americano ha comenzado a tener síntomas de caducidad? El movimiento anti-globalización neoliberal, no ha sido ajeno a ese desgaste de la credibilidad del imperio. En menos de dos años este movimiento ha ganado autoridad ética por sus propuestas y acciones.

Es previsible que a partir de ahora asuma también, la defensa de la paz, de la soberanía nacional, de las libertades civiles, de la tolerancia religiosa y cultural, mientras se opone a la xenofobia, el racismo, la militarización y la guerra. Ya existen propuestas en ese sentido. En el camino de las formas afirmativas de la resistencia, sin atentados ni terrorismo, este reciente espacio ciudadano mundial, está forjando una nueva conciencia internacionalista.

En las últimas décadas del siglo anterior, las avideces del capital globalizado nos impusieron un “vale todo” en los mercados y en las relaciones internacionales. Como contrapartida, millares de activistas de todo el mundo coincidieron con Adorno en los atributos de un futuro posible: evitar toda clase de sufrimientos innecesarios.

Para ellos, que no temen los desafíos de los nuevos tiempos, que no se amedrentan con lo inusitado, que eligen el camino de la crítica más implacable sobre lo actual –en las palabras y en lo hechos–, también se abre una época de vale todo.

Santa Catarina, Brasil, 6 de octubre, 2001